



Fran Hervías
Ciudadanos. La historia
jamás contada

Prólogo de Juan Carlos Girauta

PENÍNSULA

Fran Hervías
**Ciudadanos. La historia
jamás contada**

Prólogo de Juan Carlos Girauta

© Francisco Javier Hervías Chiroso, 2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: abril de 2023

© del prólogo: Juan Carlos Girauta Vidal, 2023

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2023
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Depósito legal: B. 5.452-2023

ISBN: 978-84-1100-151-9



ÍNDICE

Prólogo	11
1. Los inicios	17
2. ¡Rebélate! Salvemos a Ciudadans	37
3. Mejor unidos	53
4. De Ciudadans a Ciudadanos con Movimiento Ciudadano	75
5. Europa y Andalucía: el inicio del cambio	93
6. Construir un partido: de la expansión a la implantación	111
7. El talento interno y externo	133
8. Al separatismo se le gana en las urnas	157
9. Un partido liberal para llegar a la Moncloa	177
10. La lealtad y el compromiso de un equipo	199
11. Mi dimisión	215
12. El adiós	239
Agradecimientos	261
Índice onomástico	263

LOS INICIOS

1 de noviembre de 2006. Elecciones autonómicas anticipadas en Cataluña. CiU vuelve a ganar las elecciones, aunque no consigue una mayoría suficiente y el PSC está en opciones de sumar, de nuevo, con ERC e ICV, pero la noticia de esa noche no era la reedición del *tripartit*, sino la entrada en el Parlament de Catalunya, contra todo pronóstico, de un nuevo partido llamado Ciutadans.

Ese puente de Todos los Santos lo pasé en Granada. «Hay que levantarse pronto para llegar a votar», decía mi madre el día antes. Y es que, desde el pueblo de mis orígenes, Quéntar, hasta el pueblo que me vio nacer y crecer, Tossa de Mar, nos separan mil kilómetros por carretera. Mis padres representan lo que hoy llaman esa Cataluña silenciosa, la que no sale a la calle, la que no hace ruido, que trabaja, paga sus impuestos y vota, pero que se vieron obligados —por la asfixia nacionalista— a volver a su tierra de origen tras más de cuarenta años en Cataluña. «¡Fuera okupas!, ¡fuera las fuerzas de ocupación!», rezaban las notas que les dejaban en el buzón del cuartel donde residían. Ambos son naturales de Quéntar, un precioso pueblo de casas blancas y calles abruptas, de apenas mil habitantes en la falda de Sierra Nevada. Mis abuelos no conocieron otra vida que la del campo, y en ese entorno crecieron mis padres. Como muchos otros andaluces, se afincaron en Cata-

luña en los años setenta. Mi padre, guardiacivil —actualmente retirado—, fue destinado al pueblo gerundense de Pals al salir de la academia de Úbeda en 1976. De aquella época recuerda sus patrullas por las instalaciones de la ya desaparecida Radio Liberty de la playa de Pals, una emisora financiada mayoritariamente por Estados Unidos que se centraba en emitir información a los países de la URSS. O la ayuda que recibió de una familia catalana nada más llegar: «Qué buenas personas eran la señora María y su hijo Lluís que tanto nos ayudaron», recuerda siempre mi madre. Sin embargo, en aquella época las instalaciones que tenía la Guardia Civil en Pals se acercaban más a las de un país tercermundista. Fue el brigada Martínez del puesto de Pals quien le dijo a mi padre que en Tossa de Mar, un bello pueblo de la Costa Brava a apenas treinta kilómetros, acababan de inaugurar un nuevo acuartelamiento que reunía todas las condiciones para poder formar una familia. Allí pidió destino. Era 1977 y las bombas y pistolas de ETA sonaban cada vez con más fuerza, pero mis padres no se acobardaron ante ello. Sin ayuda de nadie, a más de mil kilómetros de su familia, con mucho trabajo se abrieron paso, progresaron y formaron su propia familia.

En 1978 nació mi hermano, y en 1983 lo hice yo. Pese a esos años de plomo de ETA y con el surgimiento de Terra Lliure, uno crecía sin miedo, asimilando el peligro y hasta la muerte. Cuando tocaba ir al colegio, y veía la enseña nacional que ondeaba en el mástil del cuartel a media asta, uno sabía que habían matado a uno de los nuestros, pero nunca se preguntaba. Por desgracia, ocurría demasiadas veces. Mis padres siempre intentaban que no se viesen las noticias cuando ocurría un atentado, pero hay una fecha, un día, que nunca olvidaré.

En Tossa de Mar, un pueblo tranquilo, pequeño, de gente trabajadora y honesta, las puertas exteriores del cuartel que

daban acceso a los patios interiores siempre estaban abiertas, pero a partir del 29 de mayo de 1991 se cerraron y no se volvieron a dejar abiertas nunca más. Ese día, ETA introdujo un coche bomba en la casa cuartel de Vic mientras los niños jugaban en su interior. Diez personas murieron, entre ellas cinco menores de entre ocho y diecisiete años. A partir de entonces uno comenzó a comprenderlo todo. Es difícil olvidar esos años. Uno de esos niños podíamos haber sido cualquiera de los muchos hijos de guardiaciviles que jugábamos en los diferentes acuartelamientos de España.

Años después, y ya siendo más mayor, descubrí que la banda terrorista Terra Lliure, que colaboraba con ETA, cometió un atentado en Tossa de Mar. Les pregunté a mis padres sobre ello. Fue el 6 de marzo de 1987, contra las instalaciones de RTVE. Casualmente ese día mi padre estaba prestando servicio; aún recuerda el estruendo y cómo la puerta de la caseta de las instalaciones de la televisión voló más de cincuenta metros: «Nos avisaron de la colocación del artefacto explosivo, que detonó unos minutos antes de lo que dijeron; si nos coge allí, no lo contamos», rememora. También me explicó la vez que mi madre, de camino al trabajo, se cruzó una mañana con un miembro de ETA por las calles de Tossa. En ese mismo momento, fue corriendo al trabajo y avisó a mi padre, que estaba prestando servicio de puertas, de que había reconocido a un terrorista de la banda. Era habitual que en el vestíbulo de acceso a las dependencias del cuartel hubiese fotografías con los rostros de los diferentes miembros de ETA, principalmente del comando Barcelona. Por desgracia, eran caras conocidas. Aunque siguieron su rastro y hasta localizaron el lugar donde se había alojado, no consiguieron dar con él.

Uno de los recuerdos más bonitos que tiene mi padre como servidor público fue la vez que consiguió dar con una niña desaparecida. Fue en los bosques del Vilar, en Blanes:

«Nos movilizaron a casi toda la zona para dar con ella, era de noche y en mitad del bosque encontré una zapatilla de una niña y a los pocos metros escuché un llanto, era ella. Sin duda, fue uno de los servicios más gratificantes que recuerdo», me explica a día de hoy aún emocionado. Yo era un niño, pero recuerdo que fuimos a verla días después a su casa y el enorme cariño con que nos recibieron sus padres. A mi padre nunca le reconocieron ni ese ni muchos otros servicios que hizo: «Era mi obligación como guardiacivil», resume siempre.

Crecí durante esos años que tiñeron de sangre y terror la historia de España, cada vez menos ajeno a la realidad que me rodeaba. Con el paso de los años, la asfixia nacionalista iba poco a poco en aumento y para un hijo de guardiacivil a veces no resultaba fácil la convivencia en algunos ámbitos. Huelga decir que la gran mayoría era gente respetuosa, pero desde pequeño me tuve que cruzar con algunos a los que comenzaba a hacerles reacción el odio a España que les iban, poco a poco, inyectando. Ya en primero de EGB, con apenas seis años, me tocó una profesora —Montse se llamaba— que me obligaba a poner mi nombre en catalán. O, ya más mayor, en la ESO, tuve varios encontronazos con compañeros de clase que me llamaban «charnego» o intentaban —pobres infelices— meterse conmigo porque mi padre era guardiacivil. Se sorprendían de lo orgulloso que siempre me he sentido de la profesión de mi padre, de su trayectoria y de la Guardia Civil. Y eso que también me tocó vivir y sufrir los abusos de los mandos: siendo un niño, el sargento comandante de puesto de Tossa de Mar —vamos a obviar el nombre— tuvo a mi padre entre ceja y ceja haciéndole la vida imposible durante años. Aún recuerdo —tenía apenas diez años— cómo el propio sargento me indicaba que no podía jugar en el patio —mientras que los demás niños sí lo hacían— o mandaba destrozar mis juegos en la arena. Acertadamente, mis padres decidieron trasladarse de

Tossa de Mar a Girona ciudad, donde se compraron un piso en propiedad. No querían que sus hijos volviesen a vivir el abuso de ningún mando por los galones que llevara en la solapa. Tenía once años. Mirando hacia atrás, pues han pasado ya casi treinta años de todo ello, quizá sea el motivo de por qué me gusta luchar contra las injusticias y los abusos que cometen algunos y poner mi granito de arena para intentar dejar un país mejor.

A pesar de que mi padre se trasladó a la comandancia de Girona, nunca perdimos la vinculación con Tossa de Mar. Pues ahí mi familia dejó a muy buenos amigos, con los que a día de hoy seguimos manteniendo una estrecha amistad. Casualidades de la vida, pocos años después encomendaron a mi padre que se encargara de la residencia de descanso que quería poner en marcha la Guardia Civil en el mismo acuartelamiento donde nació yo y donde tantos años pasó destinado. De ahí que sus últimos años de servicio los prestara en Tossa de Mar.

Fui creciendo, formándome y aprendiendo. Como en toda juventud, hubo de todo. Pertenezco a la generación que «sufrió» la ESO, la que no haría la mili y la que vivió la inmersión lingüística obligatoria con solo dos horas de lengua castellana. Hasta cuarto de EGB estudié en el colegio público de Tossa de Mar, y los cursos quinto y sexto los pasé en el ya desaparecido Colegio Profesor Pericot de Girona y, con la aplicación de la LOGSE, llegué al Instituto Montilivi, donde cursé el primer curso de la ESO para, finalmente, asentarme en el Bell-lloc del Pla de Girona, donde acabé la ESO y el bachillerato. De toda esa etapa conservo bonitos recuerdos y grandes amigos.

No obstante, mi condición de hijo de guardiacivil y mi oposición a la independencia de Cataluña me originó algún que otro problema con algunos compañeros nacionalistas y separatistas, especialmente en el Bell-lloc del Pla y en la Universidad de Girona. «Charnego», «fascista», «inadaptado»

eran algunos descalificativos que me dedicaban, pero siempre lo quise considerar como algo anecdótico —por suerte eran muy pocos— hasta que comencé la universidad y mi andadura en política. Durante aquellos años, me encontré más de una nota amenazante y algún que otro arañazo en mi coche, pero como todo joven, solo falta que busquen silenciarte y amedrentarte para que alces más la voz y seas más fiel a tus ideas.

EL NACIMIENTO DE CIUTADANS

Mientras cursaba mi Licenciatura en Geografía en la Facultad de Letras de la Universidad de Girona, durante el período de exámenes, leí que el periodista y escritor Arcadi Espada había sido acosado y agredido por un grupo de jóvenes separatistas —seguramente algunos de ellos compañeros míos de la facultad— durante una conferencia que tenía que dar en representación de la asociación Ciutadans de Catalunya en Girona. Era principios de junio de 2006 y rápidamente comencé a informarme sobre la asociación. Leí su primer manifiesto, titulado «Por la creación de un nuevo partido político en Cataluña», que había sido presentado públicamente en Barcelona un año antes por varios intelectuales de la talla de Albert Boadella, Félix de Azúa, Félix Ovejero, Francesc de Carreras y el propio Arcadi Espada, entre otros. Meses después, en marzo de 2006, se había presentado un segundo manifiesto en el Teatro Tívoli de Barcelona, donde se congregaron más de dos mil personas, un éxito. Ese segundo manifiesto puso las bases sobre los principios en los que debería sustentarse el nuevo partido político. Todo lo que leí me entusiasmó y, por fin, me sentí representado por un proyecto político en Cataluña.

Yo, que en las elecciones generales había votado al PP pero en las autonómicas no me sentía representado por nin-

gún partido, vi en ese nuevo partido político el proyecto ideal para comenzar a plantarle cara a los nacionalistas, sin titubeos ni medias tintas. Por fin, un partido político al que poder votar. Pues hasta entonces muchos catalanes como yo, durante años, veíamos cómo los constitucionalistas en Cataluña éramos siempre moneda de cambio para pactar en la Moncloa dando, cada vez más, concesiones a los nacionalistas.

El congreso fundacional del partido fue en Bellaterra (Barcelona), los días 8 y 9 de julio de 2006. Se ha escrito mucho sobre ello y sobre la elección de Albert Rivera como presidente. Yo no pude estar presente, pues era de esos numerosos estudiantes que compaginaba su carrera con el trabajo —a partir de los quince años comencé a trabajar las temporadas de verano en Tossa—. La realidad es que la idea inicial era que Rivera fuese solo el portavoz, y que la escritora Teresa Giménez Barbat o alguien de su perfil ejerciera la presidencia. Sin embargo, con los miedos de unos y el temor de otros, ninguno de los intelectuales dio el paso y todos fueron comunicando su intención de no estar en la dirección del nuevo partido. Y ahí vino el lío y, a la vez, la solución. Surgió entonces la idea de elegir los cargos por orden alfabético. Primero lo hicieron por apellido, pero el resultado no les convenció, así que finalmente optaron por ordenar la lista por nombre, quedando Albert Rivera el primero y Antonio Robles el segundo. Presidente y secretario general, respectivamente. Sin esperarlo, se habían convertido en los máximos dirigentes de Ciutadans, Partido de la Ciudadanía. Tras la proclamación de Albert Rivera como presidente, comenzaron a surgir entre los asistentes algunas dudas de si un chico tan joven —tenía tan solo veinticinco años— sería capaz de ponerse al frente de una formación política nueva. Los celos se disiparon rápidamente en cuanto tomó la palabra e improvisó, por primera vez, un discurso como presidente de Ciutadans. Sus palabras

no solamente entusiasmaron, sino que demostraron su talento y su capacidad.

Acababa de nacer un líder.

El partido inició su andadura con poco más de dos mil afiliados, con mucha ilusión y ganas de conseguir dar voz a la Cataluña silenciada durante años. El nacimiento de Ciutadans no se entiende sin la reforma del Estatut que se estaba llevando a cabo por parte del primer *tripartit* con el apoyo de CiU y el recorte de derechos, cada vez mayor, hacia los catalanes castellanohablantes.

Cataluña se había regido durante veintitrés años por gobiernos de CiU liderados por Jordi Pujol, apoyados, en ocasiones, por el PP de Cataluña. Los acuerdos con los populares, lejos de conseguir frenar la agenda nacionalista del pujolismo, sirvieron para que siguieran ejecutando su hoja de ruta. El famoso Pacto del Majestic —firmado tras las elecciones generales de 1996 entre CiU y el PP y por el que Jordi Pujol apoyaría la investidura de José María Aznar como presidente del Gobierno a cambio de que se otorgaran más competencias a Cataluña— fue un claro ejemplo de ello. Para muchos, ese acuerdo —junto con las concesiones del Gobierno de Zapatero— fue el inicio de lo que originó en 2017 el golpe de Estado en Cataluña.

El fin del pujolismo vino con los resultados de las elecciones autonómicas de 2003 —las primeras sin Pujol y con Artur Mas al frente de CiU—, que originaron un escenario hasta entonces inédito. Por primera vez, el PSC, ERC e ICV sumaban una mayoría alternativa a CiU. Pasqual Maragall, Josep Lluís Carod-Rovira y Joan Saura, respectivamente, firmaron el famoso Pacto del Tinell, que dio lugar al primer *tripartit*. Entre sectores moderados de la sociedad catalana, especialmente votantes constitucionalistas del PSOE —que en Cataluña es el PSC—, vieron en ese gobierno una luz de esperanza, pues consideraban que con Pasqual Maragall como *president*

de la Generalitat se pondría fin a las políticas nacionalistas de Pujol. Sin embargo, esa esperanza duró poco. Rápidamente se vio cómo la educación y los medios de comunicación se entregaban a la ERC de Carod-Rovira, y se ponía como eje fundamental de aquel primer *tripartit* la redacción de un nuevo Estatut que, entre otros disparates, consideraba que Cataluña era una nación. La realidad es que cumplieron con su promesa electoral, pues todos los partidos —a excepción del PP— se presentaron a esas elecciones de 2003 con el compromiso de redactar un nuevo Estatut. Así, en septiembre de 2005 el *tripartit* y CiU llegaron a un acuerdo sobre la redacción final del nuevo Estatut, que debería ser aprobado en el Congreso y sometido a referéndum. Durante su redacción, a medida que se iban conociendo nuevos articulados, fue creciendo el hartazgo hacia el nacionalismo, pues era otra vuelta de tuerca más contra todos aquellos que nos sentíamos catalanes y españoles. Esta entrega decidida del PSC a los postulados de ERC y de CiU fue la causa final que originó el nacimiento de Ciutadans.

Esa legislatura fue marcada, además, por importantes controversias que ponían de manifiesto la realidad —y el bajo nivel— de los que nos gobernaban. Aún recuerdo cómo, a los pocos meses de conformarse el Gobierno, saltó a la luz que Carod-Rovira se había reunido en Perpiñán con miembros de ETA, a los que les vino a decir algo así como que atentaran donde quisieran, menos en Cataluña. Esa reunión originó su dimisión como *conseller en cap* de la Generalitat de Catalunya. A las pocas semanas, Pasqual Maragall espetó a Artur Mas en el Parlament la famosa frase «Ustedes tienen un problema y ese problema se llama 3 %» —en relación a los cobros de comisiones ilegales que CiU aplicaba en las adjudicaciones de obra pública de la Generalitat—, afirmación que estuvo a punto de dinamitar los acuerdos del nuevo Estatut, aunque el tiempo acabó dando la razón a Maragall sobre la corrupción de CiU.

A pesar de ello, la reforma del Estatut tiró hacia delante y fue aprobada en el Congreso de los Diputados, pero con algunos cambios, lo que originó que ERC pidiese el no en el referéndum del 18 de junio de 2006 y se rompiese el primer *tripartit*. Cinco días después del referéndum, Pasqual Maragall anunció que no repetiría como candidato de los socialistas catalanes, eligiendo al andaluz José Montilla, hasta entonces ministro de Industria, como candidato del PSC a las elecciones del 1 de noviembre de 2006. CiU mantuvo a Artur Mas, ERC a Carod-Rovira, ICV a Joan Saura y el PP a Josep Piqué. Ciudadans, que se estrenaba por primera vez en unas elecciones, lo hizo con el ya elegido presidente del partido, Albert Rivera.

MIS INICIOS EN POLÍTICA: LAS ELECCIONES DE 2006

En esa época, de la mano de Ciudadans, comencé mi andadura política. Recuerdo en otoño de 2006 la llamada que me hizo el entonces coordinador de Ciudadans en Girona, Mateo Padilla, al teléfono de casa. Mi madre, que desconocía que había solicitado mi afiliación a un partido político cogió el teléfono: «¡Fran, es para ti!». Al otro lado, Mateo me hizo unas cuantas preguntas, validó mi afiliación y me convocó a una asamblea que tenía lugar los viernes, a las 20 horas, en el Centro Cívico de Sant Narcís de Girona. Han pasado más de dieciséis años desde esa llamada y de esa primera asamblea. Acudí con muchas ganas de aportar, pero con una sensación de nerviosismo y de expectación sobre lo que me iba a encontrar. No conocía a nadie, pues éramos unas pocas decenas de personas de toda la provincia y únicamente existía la agrupación de Girona. Yo era el más joven de todos, tenía veintitrés años recién cumplidos. Antonio Alejandro, Esmeralda Úbeda, el propio Mateo...

presidían esas reuniones. Desde entonces no me perdí una asamblea. Muchas de ellas se convertían más en una terapia de grupo, pero siempre sacábamos ideas y tiempo para planificar alguna carpa informativa, alguna acción, algún buzoneo por los barrios...

Y con ello llegaron las elecciones del 1 de noviembre de 2006 al Parlament y, contra todo pronóstico, los tres diputados. «Toma tres, TV3», se cantaba en el hotel Calderón de Barcelona, donde nos habíamos congregado los miembros de Ciutadans para seguir aquella histórica noche electoral. Ya al mediodía algunos periodistas comenzaron a llamar al departamento de prensa del partido preguntando en qué hotel se seguían los resultados, señal de que las encuestas a pie de urna daban la posibilidad de esa entrada. Finalmente, los 89.840 votos conseguidos originaron que se pasara el corte del 3 % en la provincia de Barcelona, convirtiéndose Albert Rivera, Antonio Robles y José Domingo en los primeros diputados de la historia de Ciutadans.

Pero con el éxito llegaron los problemas. Se produjo un aluvión de afiliados y empujones para tomar posiciones en las candidaturas de las elecciones municipales que vendrían al cabo de seis meses. Las asambleas en Girona pasaron de unas pocas decenas de personas a un centenar de asistentes. Aunque la mayoría vimos en Ciutadans —al principio no teníamos siglas hasta que se ideó el C's en 2009 y el Cs a partir de 2017— la esperanza de poder tener, por fin, una voz nítida, sin ataduras ni mochilas, en el Parlament de Catalunya, otros lo vieron como un instrumento al que poder usar para medrar en política. Y, por desgracia, esto último se repitió a lo largo de la historia de Ciudadanos.

La entrada de Ciutadans en el Parlament levantó mucho interés —e intereses—, de propios y extraños. El resto de los partidos y el *establishment* catalán lo vieron como un problema y

pronto se notaría esa inquietud. Esa etapa la viví como un afiliado de base más en Girona, alejado de las decisiones y ajeno al ruido que se estaba creando en Barcelona. Sin embargo, Antonio Alejandro y otros miembros de Ciutadans representados en el Consejo General del partido nos iban dilucidando las tensiones, cada vez mayores, que se manifestaban en el máximo órgano del partido. Aunque algunos mostraban cierta preocupación y cansancio, la gran mayoría fuimos trabajando para intentar hacer crecer Ciutadans en Girona. De esta forma fundamos junto a afiliados como Sonia Pérez, Piedad Esteban y Sergio Atalaya, entre otros, la agrupación de Ciutadans en Blanes y ayudamos a intentar implantar el partido en otros municipios, consiguiendo cerrar varias candidaturas por la provincia.

Sin embargo, mientras el CEO —el Centre d'Estudis d'Opinió, el CIS catalán— indicaba un crecimiento electoral de Ciutadans sorpasando al PP de Josep Piqué y abriéndose hueco en los principales municipios de Cataluña, las disputas en Barcelona se enquistaron y afloraron públicamente los primeros conflictos. En plena campaña de las elecciones municipales saltó la noticia de que el secretario general de Ciutadans y diputado autonómico, Antonio Robles, dimitía como secretario general, y con él, lo hacían más miembros. Aunque en un principio se negó y se intentó mostrar normalidad, la realidad es que de forma coordinada dimitieron varios cargos para hacer el máximo ruido y daño posible en plena campaña electoral. Mientras esto pasaba, el 16 de mayo de 2007, solo tres días después, nacía en el País Vasco la Plataforma Pro, de la eurodiputada socialista Rosa Díez, cuyo objetivo era crear un nuevo partido político en España. En aquel entonces, todos vimos la idoneidad de poder sumar fuerzas y construir juntos un nuevo partido nacional, pero el objetivo de estos últimos era distinto y tiempo después entendimos las dimisiones que hubo en plena campaña municipal.

Llegó el 27 de mayo, jornada de elecciones municipales. Aunque en los inicios éramos optimistas, las noticias de las disputas internas nos hicieron esperar lo peor. Sin embargo, a pesar de que el resultado fue visto al principio como un fracaso estrepitoso, con el tiempo supimos valorar los logros conseguidos; en pocos meses pudimos presentar 81 candidaturas municipales, incluyendo Salamanca y Alicante, consiguiendo trece concejales y una alcaldía. Era un hecho que Ciutadans comenzaba a tener su implantación en el territorio.

En Girona ciudad y en el resto de los municipios donde nos presentamos —fui de número cinco en la candidatura de Blanes— no conseguimos representación. Me ofrecí para ir de relleno en las listas, en los últimos puestos, pero Sonia y Piedad me trasladaron en una reunión que tuvimos en Blanes que habían pensado que de cinco aportaría más a la candidatura. «¡No pongas esa cara!», me dijo Piedad. La verdad es que fue toda una sorpresa para mí y, como no podía ser de otra manera, acepté. Aunque sabíamos que era muy difícil llegar al corte del 5 %, en ganas no nos ganó nadie.

Tampoco faltaron las amenazas y los ataques de los radicales separatistas. Justo antes del inicio de la campaña municipal aparecieron en Girona ciudad amenazas contra Esmeralda Úbeda muy cerca de su domicilio: pintadas con su nombre dentro de una diana. Era la amenaza común que en su día usaban los etarras en el País Vasco y que también habían hecho suya los radicales separatistas. Pensaban que nos amedrentarían y nos callarían. No conocían la valentía de Esmeralda y de los que la apoyábamos. También durante la campaña era común que miembros de la CUP y de Maulets —las juventudes independentistas y revolucionarias que en 2012 se fusionarían para formar Arran— se acercaran a increparnos; incluso llegaron a destrozar la cartelería de una camioneta publicitaria. Los

separatistas radicales nunca entendieron que sus ladridos nos daban más fuerza y nos llenaban de razón.

LA SEGUNDA ASAMBLEA... Y LA SOMBRA DE UPyD

Tras esas elecciones municipales, los acontecimientos internos se aceleraron. En las asambleas de agrupación en Girona volvimos a ser unas pocas decenas de personas. «Volvemos al origen», decían Mateo Padilla y Esmeralda Úbeda, siempre aportando un poco de sentido del humor y positividad. La ida y venida de nuevos afiliados se esfumó y con ella, la mitad de la implantación. Ahí aprendimos que después de unas elecciones municipales siempre se perdía un 20% de los afiliados, todos aquellos que venían buscando un acta y cuando no la conseguían no volvías a saber de ellos nunca más.

Cuando se convocó la II Asamblea General de Ciutadans, la guerra estaba servida. Por un lado, estaba el equipo de Albert Rivera, el artífice de que el partido consiguiese el milagro de los tres diputados en el Parlament. Por el otro, estaba la candidatura de Luis Bouza-Brey. Aunque algunos lo vivimos desde fuera, pues la Asamblea General tocó nuevamente en verano y algunos teníamos —como en cada temporada veraniega— nuestras obligaciones laborales, percibimos rápidamente la jugada. La candidatura de Bouza-Brey, que estaba apoyada por algunos de los intelectuales fundadores como Xavier Pericay, Arcadi Espada o Teresa Giménez Barbat, pedían claramente que Rivera y su equipo dimitiese y Ciutadans se disolviese para integrarse en el proyecto de Rosa Díez. Con el tiempo, descubrimos que tanto la crisis de las municipales como la de la II Asamblea General fueron dirigidas y planificadas, en cierta medida, con el beneplácito del nuevo partido de Rosa Díez y Martínez Gorriarán. No les salió bien la juga-

da, aunque más adelante veremos que siguieron en su afán de intentar hacer desaparecer a Ciutadans.

Esa segunda asamblea se zanjó con la conocida «enmienda Carreras» en el ideario del partido: en el prólogo se afirmaba que Ciutadans nació por «el vacío de representación que existía en el espacio electoral de centroizquierda no nacionalista» y que se nutría de las ideas del «liberalismo progresista y del socialismo democrático». Ese nuevo ideario fue la excusa perfecta de los contrarios a Rivera para buscar la ruptura y la desestabilización interna. Sin embargo, este ganó con un 60 % de apoyo y en el Comité Ejecutivo, que se eligió mediante un proceso de listas abiertas, de los veinte puestos diecinueve fueron para la candidatura de Rivera. Con la finalización de la asamblea, unos se fueron de vacaciones de verano y otros seguimos trabajando. Pero la división interna estaba más viva que nunca. Esa Asamblea General no cicatrizó ninguna herida.

En Girona intentamos estar al margen de las peleas de unos y de otros. En nuestra humilde sede, ubicada en la céntrica plaza Marquès de Camps, recibíamos con los brazos abiertos tanto las visitas de Antonio Robles como las de Albert Rivera o las de Pepe Domingo. Cuando se nombraron los nuevos cargos de Ciutadans en Girona, me designaron responsable de acción política de la provincia y portavoz. Hacíamos reuniones los viernes de cada semana donde nos reuníamos apenas una decena de personas. Con ganas, pusimos en marcha un plan de acción con el objetivo puesto en las elecciones autonómicas de 2010 y las municipales de 2011. La elaboración de notas de prensa y de artículos de opinión en los medios provinciales o la asistencia a los plenos y la instalación de mesas informativas comenzó a ser un habitual. De vez en cuando, los radicales nos atacaban la sede con el lanzamiento de piedras y pintura roja que buscaba simular sangre. Noso-

tros ahí seguíamos, sin dar un paso atrás. Aunque los nuestros seguían poniéndonoslo difícil con las disputas internas. Mientras, el partido de Rosa Díez decidió presentarse a las elecciones generales de 2008 sin querer buscar un acuerdo con Ciudadanos. «Os disolvéis y os integráis», se resumía la oferta de la exdirigente del PSOE. Centenares de afiliados fueron pasando escalonadamente a UPyD, haciendo todo el ruido posible y otros, como la portavoz del partido, Maite Nolla, lo hizo al PP. En esa situación el Consejo General decidió que Ciudadanos se presentara a esas elecciones generales y lo hiciese con Albert Rivera de candidato. «¿Vas a seguir tragando? ¡Coge aire!», era el lema de la campaña. Es justo decir que Rivera consideraba que no era el momento de presentarse y menos con él de candidato, pero el propio Consejo General le forzó a hacerlo. ¡Sí! Ciudadanos con Albert Rivera al frente se presentó a las elecciones generales de 2008, al igual que lo hizo a las elecciones autonómicas de Andalucía de ese mismo año. Como os podéis figurar, fue un fracaso. Y, nuevamente, otra vuelta de tuerca más para ahondar en la crisis interna, aún más cuando Rosa Díez consiguió su escaño por Madrid. De nuevo, los de siempre volvieron a pedir otro congreso extraordinario. El objetivo volvía a ser el mismo: derrocar a Albert Rivera, pero en Girona seguíamos a lo nuestro y, por suerte, veíamos que nuestro partido también hacía lo mismo desde Barcelona.

Mientras algunos se obsesionaban por alcanzar el poder, el *tripartit*, con José Montilla al frente, comenzó una dura ofensiva contra el castellano y todo aquello que hiciese referencia a España. Las multas por rotular comercios en castellano se multiplicaron, por no hacerlo, como mínimo, en catalán, decían ellos. Los hijos de esos padres que pedían más horas de castellano en las escuelas se convertían en dianas de los totalitarios. Las sentencias judiciales no se aplicaban. Los medios que no gustaban eran censurados. Y es que los socialistas

Montilla y Zapatero nos estaban dejando una Cataluña maravillosa. Ante ello, en Ciutadans decidimos por primera vez salir en masa a la calle. En septiembre de 2008 organizamos la primera manifestación con el lema «No a la imposición lingüística en nuestras escuelas», a la que se sumó el PP y varias entidades civiles llenando la plaza de Sant Jaume de Barcelona con miles de ciudadanos catalanes. Dos meses después, organizamos una concentración ante el Consell de l’Audiovisual de Catalunya (CAC) para protestar contra su decisión de querer silenciar a varias emisoras de radio, entre ellas la cadena COPE y el programa de Federico Jiménez Losantos —aún guardo la carta de agradecimiento que me envió don Federico por mi defensa de la libertad de prensa.

En febrero de 2009 organizamos una concentración para pedir a la Generalitat que cumpliera la sentencia del Tribunal Supremo a favor del bilingüismo en la enseñanza: «¡Montilla, queremos la casilla!» era el lema más coreado. Nos conseguimos abrir hueco en los medios y de nuevo los militantes estábamos motivados y con ganas. Recuerdo esos viajes en tren y en coche a Barcelona para ir a todos los actos que se organizaban. También a los de fuera de Cataluña; toda una experiencia el II Encuentro de Jóvenes de Ciutadans en Madrid en marzo de 2009 o las campañas que apoyábamos de los compañeros de allí.

LIBERTAS: UN ERROR QUE LO PRECIPITÓ TODO

Cuando más trabajo hacíamos y mejor parecía que avanzaban las cosas vino el primer gran error de la dirección de C’s: la coalición con Libertas —el movimiento fundado por Declan Ganley que buscaba la reforma de la UE— para las elecciones europeas, en las que Miguel Durán, el expresidente de

la ONCE, fue el candidato. Se ha escrito mucho sobre ello, pero más de trece años después déjenme que lo vea desde una perspectiva más positiva. Me explico. En aquellos entonces, yo no ocupaba cargo nacional ni autonómico alguno en Ciutadans, por lo que viví la situación desde Girona y alejado de los grupos de decisión. A pesar de ello, nos llegaba información de todos lados y la gran mayoría sabíamos que había un grupo organizado cuyo objetivo era conseguir la caída de Rivera y la entrega de Ciutadans a Rosa Díez, una estrategia que tenían preparada antes de las elecciones autonómicas catalanas previstas para 2010. Pero el pacto con Libertas, por suerte, aceleró toda la operación que tenían planificada y se convirtió en la excusa, el *casus belli* perfecto. Nada mejor que usar un error para apretar el botón rojo. Antonio Robles, que acabó de candidato de UPyD en las elecciones autonómicas catalanas de 2010, fue la punta de lanza. El 15 de mayo de 2009, Robles, junto con José Domingo, dieron una rueda de prensa en el Parlament que parecía sacada de una película de Berlanga y dejaron claro cuál era —de nuevo— el objetivo: derrocar a Albert Rivera para quedarse ellos al frente. Ciutadans saltó por los aires. Ese mismo día, Jordi Cañas, arropado por el Comité Ejecutivo en una rueda de prensa histórica, puso los puntos sobre las íes. Ese momento marcó un antes y un después en la historia de Ciutadans y lo hizo, desde mi punto de vista, para bien, porque ese error de pactar con Libertas originó que pusiesen en marcha, antes de lo previsto, la operación de derribo en contra de Ciutadans que estaba prevista para antes de las elecciones autonómicas catalanas de 2010. Robles y Domingo abandonaron Ciutadans, pero quedándose el acta de diputado. Con ellos, se fueron numerosos afiliados, recalando la gran mayoría en UPyD. Si llegan a esperar y a hacerlo más cerca de las elecciones, el daño hubiese sido irreparable.

En Girona, durante esa campaña europea, solamente Sergio Atalaya y yo salimos a poner pancartas y organizamos un acto en Lloret y varias entrevistas en medios de la provincia para José Manuel Villegas —número dos de la candidatura—, que se recorrió España acompañado, en algunas ocasiones, de Pablo Yáñez. Durante esas semanas las presiones de unos y de otros eran enormes. Recuerdo las conversaciones por el famoso chat de Messenger con Sergio Sanz y otros jóvenes buscando apoyos para frenar la candidatura, a la vez que me escribían siendo positivos Luis Fernández del Campo o Paco Berlanga, entre otros.

Finalmente, llegó el 7 de junio de 2009: las elecciones europeas, y con ellas, el esperado desastre electoral. Más afiliados y concejales abandonaron el partido. Rivera, acertadamente, se sometió a una moción de confianza en el Consejo General para conocer de primera mano si tenía el apoyo o no del máximo órgano del partido y remodeló, de arriba abajo, el Comité Ejecutivo. Nos quedamos apenas seiscientos afiliados. No éramos los trescientos de las Termópilas, pero nos parecíamos bastante. A partir de ahí, comenzó una nueva era para Ciutadans. El del Ciutadans auténtico.